
ORFICO

Alfonso Virchez Jr.

Universidad Iberoamericana (ciencias y técnicas de información)

(Taller de Cuento de *Punto de Partida*)

Hacía mucho calor, no podía recostarme en mi solitaria cama de sábanas olorosas que me ahogan. Que me ahogaban. No podía absorber el aire tibio de mi cuarto. Mi rostro estaba bañado por una película transparente de líquido pegajoso que corría lento por mi espalda, mi columna sagrada como calamistrum. Esa baba densa no me permitía abrazarte. Tú dormías con un sueño muy profundo. Un sueño que parecía de muerto. Sueño de muerto.

Eras inmóvil, fría, con tus ojos bien cerrados y las manos sobre tus prominentes pechos. No sé cómo puedes dormir con este calor. Yo te veía desde mis pasos, te observaba desnuda bajo tu ropa de noche desde mi insomnio. Con esa risa tuya de la que no te separas ni cuando duermes, ni cuando estás dormida. Hasta pienso que no duermes sino finges dormir para asustarme. Quieres hacerme creer que estás muerta. No quieres respirar. Siento tu cuerpo frío, quieto, cerrado dentro de mi mano que no se atreve a tocarte, que tiene miedo, que se evapora.

LLevas ahí mintiendo toda la noche. Sin moverte mientras yo, inquieto, busco por los cajones —sin hacer ruido, no despiertes— por las maletas que usamos apenas ayer, entre los libros, entre las cajas que nunca supe qué contenían. Me gustas cuando juegas a la muerta. Me gustan tus ojos cerrados y tu lengua dormida y tu cuerpo frío y tu boca sin abrir y tus uñas largas y mi pelo húmedo y mi válvula latiendo y tu cuerpo desnudo, hermoso, seco, marchito, pequeño. Yo no encuentro. Tal vez esté allí. . . Me canso. Ya no quiero seguir el juego.

Tomo la cajetilla de los cigarros. Tomo uno, uuhh —y así en la penumbra— noche misteriosa herida por los brazos amargos de la luna grande, grande y gorda y roja y llena, plena, saturada, reflejante, que penetra brusca, pálida, lánguida, pesada, los velos horribles que pusiste ayer y que me limitan retra-

tando mi sombra, se contornea oscura —prendo con cautela un cerillo. La poderosa luz que despide el fuego me ha descubierto otra vez tu rostro hundido en la almohada, frío, seco, con tu cabello negro revuelto por los juegos de ayer.

Descubro que no era cierto que tienes los ojos cerrados. Están abiertos. Grandes me miran. Apago el cerillo. Sé que ya te cansaste también de jugar y por eso me miras así. No me gustan tus ojos cuando me miran en esa forma. Me dan miedo. Me causan miedo. Apago el cerillo y veo aún tu pupila sin brillo clavada dentro, profundamente en mi cerebro. Mis manos cubren mi rostro. Estoy temblando. Yo no entiendo por qué te gusta asustarme. Te quiero. Te quiero como ayer. Empiezo a mecer mi cuerpo en la silla de tus viejos y oigo tu risa. Tu risa que suena por todas partes: por las puertas, por las paredes decoradas con grandes fotos tuyas —Te las tomé ayer, ¿recuerdas? Jugábamos en el parque y tú te fingías muerta. Luego yo te miraba asustado y tú reías fuerte, fuerte, viendo mi cara que te parecía chistosa. Luego me decías cosas y metías tus dedos en mi oreja. Luego yo me enojaba contigo. Luego te decía que no me gustaba que te hicieras la muerta. Luego a ti te gusta jugar a eso. Luego reías como ríes ahora, con esa risa que me pertenece y que sólo es tuya. Sólo tu ríes así, por eso te quiero, por tu risa que se burla de mi cara asustada— por las paredes, por las cortinas feas que no me gustan, por los cajones, por mi cuerpo pegajoso, por las maletas, por los bultos que guardas y no me dejas ver qué diablos contienen, por mis oídos que soportan tus dedos que se escabullen dentro, que escarban hasta tocar mis hemisferios, por mis ojos que te ven tirada sobre mi catre con el pelo envuelto coronando tus mejillas suaves, dulces. No me veas con esos ojos grandes de muñeca de trapo.

Veo tu cabeza pequeña recostada en la cama. Imagino tu cuerpo desnudo bajo las sábanas. Desnudo y frío. No me atrevo a tocarte. Sé que estás fría, te pienso. Sigo teniendo calor, ya no lo soporto, siento que me quemo. Voy a ahogarme. Voy a jugar contigo.

Termino de fumar. Ahora las manos tocan mi cuerpo que se pega a todo lo que me rodea. Camino. Camino. Mis pies tocan un cajón pequeño que rueda debajo de la oscuridad. Trato de alcanzarlo con mis brazos que se estiran, estiran, estiran y no lo veo, no te oigo. Detecto con los ojos cerrados el piso con la ilusión de encontrarlo. Con desesperación busco sin ver. Choco contra los pies de tu cama. Estoy asustado, tengo miedo que despiertes. No hago ningún ruido. Mis manos tropiezan con un rostro pequeño. Puedo tocar los grandes ojos pintados, la nariz de madera, la boca grande, el pelo de estambre negro. Es una cabeza, una cabeza sin cuerpo, es la parte superior de un títere femenino. Lo sé porque puedo sentir su virginidad.

Prendo un cerillo y ya no te veo recostada en mi cama como apenas ayer. Ayer. Recojo tu cabeza del suelo, lejos de la caja que nunca me dijiste qué contenía, y alumbro el rostro con mi flama y te veo. Ya no quiero jugar, tus juegos me asustan. Por eso no quiero dormir nunca, te veo en mis sueños también. Yo no quiero jugar. Coloco tu cabeza en la cama como ayer, cubro con las sábanas imaginando tu cuerpo desnudo, pongo tu rostro en mi almohada, extendiendo tus cabellos dorados revueltos por el juego de ayer. Duermes. No quiero que te finjas muerta, me asustas. Estás ahí. No puedes cerrar los ojos. Estuvieron ayer pintados sobre madera corriente. Me miras como si estuvieras jugando a la muerta, muñeca de trapo. Imaginaría tu cuerpo desnudo bajo las sábanas, tu boca abierta, abierta, fría, inmóvil.
